

PLUMA y LAPIZ



Copyright 1899 by Bisson, Clemente & Co.

NÚM. 97

LA CUEVA DE GARIN



HACE ya muchos años. El tren iba lleno de gente de Barcelona. Había gran fiesta en Montserrat con motivo del día solemne, y allá se trasladaban los habitantes de la capital á oír los figles de la escolanía dando el tono á los niños de coro en la poética procesión por la montaña. La Natividad de la Virgen es una fecha que lo llena todo con su infinita dulzura. De un extremo á otro de España, no hay rincón donde el 8 de Septiembre no se colme el corazón de alegría y los altares de rosas. Las caras de los viajeros respiraban, por ende, el júbilo del que va de romería, con todos los poros del alma abiertos.

Yo no conocía de la montaña de Montserrat sino su singular silueta de enorme dentadura, vista desde la ventanilla del vagón, saliendo del tunel de Olesa. Refocilábame así, de antemano, con la ilusión de visitar lo que los dos días conque contaba consintiesen, mejor que cualquier otro turista, gracias á mi antigua amistad con uno de los canónigos del monasterio á quien había avisado de antemano mi llegada. Y llegué con efecto en las primeras horas de la mañana y en la primer diligencia; pues no escalaba aún las cumbres el ferrocarril de cremallera, á la puerta de la hospedería de Santa Teresa, albergue, gratuito como es regla en la orden de San Benito, para los expedicionarios, que comerán en la fonda próxima. Las familias que quieren guisar por cuenta propia tienen celdas con cocina y sitios donde comprar vituallas. Yo era de los solitarios; dejé que un criado se llevara hacia mi cuarto la ropa de cama facilitada en las oficinas de alojamiento y pregunté en la misma ventanilla en que acababa de dejar mi nombre:

—¿Dónde podré ver al padre...?

Un lego que aguardaba algo, que me aguardaba sin duda á mí, se adelantó entonces y con el reposo que cuadraba á su figura monástica presunta y de hecho por las negras ropas talarres, me dijo:

—¿Usted es el amigo á quien espera?

—¡Sí, señor!

—¡Pues yo estoy encargado de recibir á usted en su nombre! En todo el día de hoy no puede consagrarle ni un minuto, porque, fuera de las horas de culto, en las restantes se pertenece á un voto, cuya realización se impuso hace años para los días de la Natividad de Nuestra Señora que le quedasen de vida.

Me pareció muy natural y correcta la excusa, y la acepté sin inconveniente. El lego concluyó:

—Mañana será con usted. Por hoy le suplica que se contente con mis humildes servicios como guía, rogándole que me perdone lo que va perdiendo en el cambio.

Con mi lego delante subía yo por el caminito orillado de despeñaderos que conduce á la cueva de Garín, descubriendo allá arriba, encima de nuestras cabezas, algún manchón de bejas verdírojas. Espantábame considerando la posición de aquellas viviendas, casi colgadas entre los conos calizos. Porque ermitas y montañas hay muchas, pero ninguna como el hacinamiento colosal de peñas, erguido á mil cuatrocientos metros del pueblecito de Monistrol, hacinamiento en el que se diría que han sido colocadas todas descansando sobre su base, con la punta hacia arriba, á manera de enormes pilones de azúcar, y en lo último las ermitas con sus puertas inaccesibles sin ayuda de las manos y de los líquenes, aisladas en las supremas soledades de las alturas que turban únicamente las aves de rapiña con sus graznidos y las margaritas silvestres con su presencia.

A medida que me acercaba á la cueva, llenábase mi memoria con el recuerdo de la leyenda de Garín, del viejo ermitaño violador de la joven princesa Riquilda, confiada á sus cuidados y oraciones por un rey piadoso, y cuando llegué frente á la boca negra de la entrada, se me representó al vivo la escena, la mujer aterrada pidiendo en vano socorro á la montaña muda, el anacoreta fuera de sí, los ojos ardiendo en el fuego de la lascivia tardía, empuñando y hundiendo en la carne codiciada el hierro matador, tras de la consumación del delito. Y después, la ida del pecador á Roma, y la vuelta á Cataluña en cuatro pies, hasta que el niño de pocos meses le ordenó levantarse en nombre del Señor, encontrándose viva en su tumba á la doncella deshonrada, prueba inequívoca del completo perdón otorgado.

Traspuesta la reja de la cueva, hechos mis ojos á la suave claridad, he aquí lo que distinguí. A un lado una estatua de vieja piedra, representando un hombre recostado en el suelo y en el que quiso personificar el artista á Juan Garín. Próxima, la imagen petrea de Nuestra Señora de Montserrat, efigie primitiva de la montaña, y ante la Virgen, de rodillas, rezando, enéxtasis, al canónigo á quien yo venía recomendado y el que en la sombra dulce que le envolvía se me antojó un hombre bastante entrado en años, con una de aquellas enérgicas cabezas alargadas de los cuadros del Greco.

—¿Y hasta qué hora permanece aquí? — pregunté al lego.

—¡Hasta el toque de Angelus!

Había en la actitud del inmóvil sacerdote algo más que la «petrificación» de la fe, había como el renacimiento de un gran dolor pasado, ó á lo menos á mi cerebro, influido por el recuerdo de la leyenda, así se le antojó. Contemplé un instante el extraño cuadro y me salí á la plazoletilla en que se yergue la cruz desde la que se divisa la meseta del monasterio. Allá en lo hondo descubrí un hormiguero de gente, del que salían cohetes hendiendo el espacio, los estampidos de los cuales repercutían entre las rocas sin número de veces.



La muchedumbre se agolpaba bajo los árboles á la puerta del templo, esperando la procesión.

—Nada más fácil, teniendo verdadera vocación ascética, — decíame al día siguiente el buen sacerdote en mi celda con vistas al portal de la Virgen, — que conservar la pureza; pero yo por merced divina é inmerecida he sido probado, saliendo triunfante de la prueba. Como recuerdo del terrible peligro y en acción de gracias por la victoria, paso en oración ante la Imagen de la Cueva de Garín todas mis horas libres del día de su Natividad. Porque sin ella quizás sería yo ahora un condenado.

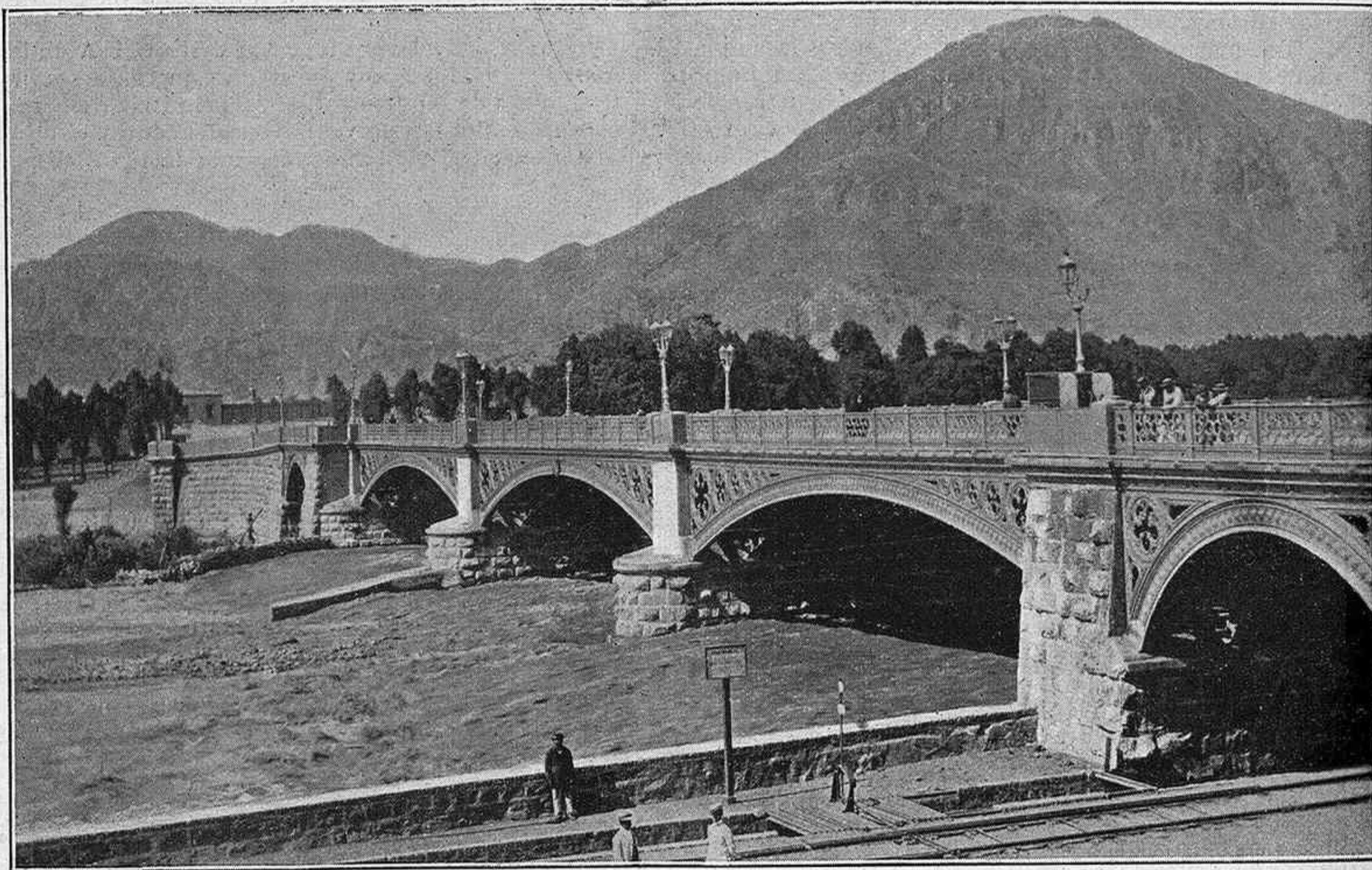
Miré con asombro al simpático sacerdote, recordando al camarada de colegio y la juventud en aquel sereno y místico rostro.

—No se lo cuento al primero que pasa, — me dijo, — pero sí se lo relato á quien pueda entenderme, para mortificación de mi amor propio y ensalzamiento de la gloria de Dios. Estaba yo recién profeso cuando

visitó esta montaña una dama extranjera, la hermosura de la cual era tan grande que salvó los impenetrables muros de nuestro convento. Si no hubiera sabido que se trataba de una mujer virtuosa, habría creído que el diablo tomaba aquella forma para tentarme en los comienzos de mi estado eclesiástico. Un día me la encontré en un sendero, y su imagen se agarró con tanta fuerza á mi mente, que no lograron echarla cilicios implacables ni horas enteras de oración. Una vez, entré en la Cueva de Garín... allí estaba ella y sola... ¿Qué mano maldita me tiraba hacia el abismo? Me saluda, é invocando su condición de extranjera, preguntóme por la leyenda. Oíala aterrado, loco, ó mejor, no la oía, oía sólo los latidos de mi corazón. De pronto, fuera de mí, tiendo á la dama mis brazos, ¡los brazos negros de mi hábito! y he aquí que oigo un gemido suave... ¿Lanzábalo la mujer? ¡No; por suerte y vuelta de espaldas no se había percatado de mi movimiento.—¡Entonces!—Por instinto, miro á la Virgen de la cueva y, ¡no sueño!... ¡Es un milagro! Dos lágrimas rodaban por sus mejillas de piedra!... ¡Lloraba por mí! Y, cobrando repentina firmeza, huí de la gruta y me salvé. ¡Oh, cómo hay en el mundo quien duda!

La inmensa grandeza de la montaña entrábase hasta mi celda y, viendo aquella naturaleza gigante á mis pies, pensé también con el fortalecido sacerdote. ¡Y hay quien duda!

ALFONSO PÉREZ NIEVA



PUENTE DE BALTA (Lima).

EL MAR (FACETA)

JUNTO á mis orillas desmedidas habitaron los primeros hombres. Yo construí los primeros caminos del mundo; esos caminos que andan, que no es necesario cuidar, que jamás obstruyen el barro ó el polvo.

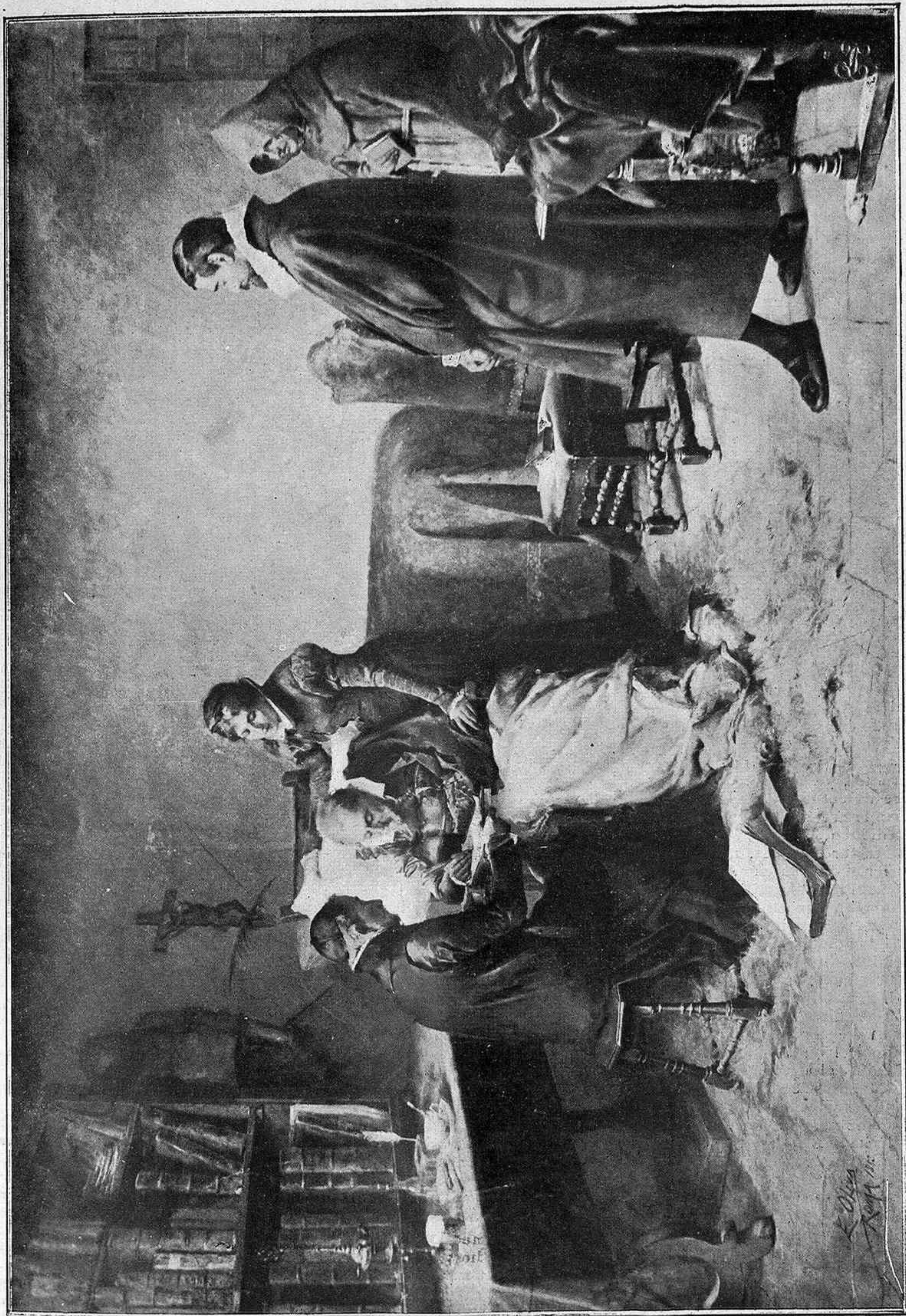
»La vida no existiría en la tierra si yo no existiera. De mis senos fecundos brotan esos vapores que, condensados, forman las nubes, madres de la lluvia, de esa lluvia que es á su vez el agente más poderoso de la vida.

»El río inmenso que soporta el peso de los grandes buques, que fertiliza miles de leguas de tierra haciéndola propia para toda clase de cultura, que encanta la mirada del artista por la majestad de su corriente, sólo de mi omnipotencia es hijo. La clara fuente que apaga la sed del caminante es obra mía. Las aguas termales que remedian tantas dolencias, son producto de mi lucha eterna con el fuego, que acabaría con la vida universal si yo no templara su ardor destructivo.

»Yo me convierto en planta, en flor, en semilla. Sin mí no existirían esas curvas divinas del cuerpo de la mujer, ni los arreboles inimitables de una puesta de sol radiante, ni habría prados, ni campos, ni bosques y la tierra vagaría por el espacio como un cuerpo muerto.

»Yo he arrullado con mi música eterna y melodiosa los distintos pueblos que han vivido sobre el haz de la tierra. Las mismas olas que hoy sustentan los monstruos de acero que cruzan mi extensión enorme, sostuvieron las chatas quillas de las galeras romanas y cartaginesas que luchaban por el imperio del mundo.

»Yo he visto la esclavitud perpetua de los hombres, que gracias á mí desahogan su pena en lágrimas tan amargas como mis aguas. Soy anterior y superior á la tierra. Seré eterno como el mundo. Y cuando tras millones de siglos haya perdido mi forma líquida, la vida habrá muerto. Adorad, pues, en mí, la esencia de la vida, de la fuerza, de la belleza y de la inteligencia, que es la fuerza soberana.»



CERVANTES ESCRIBIENDO LA DEDICATORIA DEL «QUIJOTE» AL CONDE DE LEMUS.

Cuadro de E. OLIVA.

Fot. de J. Laurent y C.^a

LOS ALMOHADES

III. — ABDELMUMEN

Cuentan las crónicas árabes que la muerte de Abdallah, el *Mahedi*, fué ocultada por Abdelmumen durante bastante tiempo, con el fin de preparar y asegurar su proclamación. A este fin, dícese que domesticó un león y que enseñó á uno de sus pájaros raros á pronunciar las siguientes palabras: «Victoria y poder al gran Abdelmumen, nuestro Califa, elegido por Allah para sostén de su pueblo.» Una vez seguro de que los dos animales ejecutarían á maravilla sus respectivos papeles, hizo pública la muerte del *Mahedi*, llamando acto seguido á consejo á los jueces y caudillos de las diferentes tribus, para proceder á la elección del nuevo Emir. Reuniéronse, pues, en una espaciosa sala ya preparada de antemano y empezó la discusión sobre las condiciones así personales como representativas de los diferentes aspirantes; fué agriándose la discusión, y cuando más enfrascados estaban en ella, el domesticado pajarraco empezó á recitar la aprendida lección: «Victoria y poder al gran Abdelmumen, nuestro Califa, etc.» Asombrados quedaron todos los reunidos de tal novedad, convirtiéndose bien pronto la admiración en terror al ver entrar por una de las puertas á un fiero león que, plantándose en el centro de la estancia y lanzando espantosos rugidos, paseaba la vista de uno á otro como si estuviera escogiendo la presa que devorar. Alzóse entonces el discípulo de Abdallah, acercóse á la fiera que, al verle, cesó de rugir y empezó á lamerle suavemente pies y manos; mientras continuaba el pájaro en su cantinela. No podía desearse pruebas más fehacientes de cuál era la voluntad de Allah; por lo cual, levantándose uno de los reunidos, dijo: «Ya véis, oh caudillos y jueces, cadíes y guerreros, como ningún otro que Abdelmumen puede ser el sucesor del gran Abdallah; nombrémosle y acatémosle por Rey, bien seguros que por ser el elegido de Allah sabrá conducir nuestros ejércitos á la victoria; separémonos, pues, y vaya cada uno de nosotros á dar la grata nueva á sus tribus.» Todos asintieron á lo expuesto y bien pronto oyóse por toda la ciudad el grito de «Viva nuestro Califa Abdelmumen.» Preséntase éste ante el pueblo, seguido de su león y manda predicar la guerra santa contra almoravides y cristianos, prometiéndole venganza completa del desastre sufrido, «pues, le dice, el mismo pájaro por medio del cual ha mostrado Allah su voluntad en el consejo, acaba de decirme que están llamados los almohades á gobernar sobre toda la tierra.» Así fué aclamado Abdelmumen Califa de los verdaderos creyentes, y verdad es que mostróse digno de tan alto puesto, pues ya en el año 1145 (16 después de su proclamación) habíase hecho dueño de todo el norte de Africa, pasando acto seguido á la España árabe que, casi sin lucha, se entregó al nuevo Emperador. Sosteníase, sin embargo, Marruecos guardando fidelidad á Urahim-Abu-Ishak, último Califa de los almoravides; contra ella volvió Abdelmumen después de la conquista de España; largo y horroroso fué el sitio, heroicidades se hicieron de una y otra parte, que de ser descritas ocuparían varios volúmenes; hacían los sitiados continuas salidas, que más de una vez pusieron en grave aprieto á los sitiadores, por

lo cual temiendo éstos que se repitiera el desastre sufrido en el primer sitio, desistieron de toda clase de combates, esperando que el hambre rendiría á los pobladores. Y así sucedió en efecto, pues, según cuentan los historiadores árabes, más de doscientos mil de ellos murieron de inanición, quedando los pocos supervivientes imposibilitados para empuñar las armas; un silencio de muerte reinaba en aquella población, antes verdadero hormiguero humano. Fácilmente se comprende, pues, que en el primer asalto entraran los sitiadores en la ciudad, quedando para siempre sometidos los almoravides al poder de sus enemigos los almohades, poder que veremos también morir, bajo el empuje de las armas cristianas en la batalla de las Navas de Tolosa.

Un episodio dramático ocurrió en la toma de Marruecos digno de mención. Al rendirse la ciudad, Ibrahim y los principales jeques fueron conducidos á la presencia del conquistador que, enternecido por la juventud y gallardía del príncipe, mostró intención de perdonarle la vida, visto lo cual por el vencido, arrodillóse á sus pies pidiendo clemencia; este acto de humillación irritó de tal manera á uno de los jeques almoravides que, escupiéndole en el rostro, le dijo:

«¿Piensas acaso, miserable, hallar compasión en el corazón de este hombre, cuando primero la encontrarías en los hambrientos tigres y leones del desierto? ¿no sabes que peor que todas las fieras es éste á cuyos pies y con harta vergüenza de nuestra nación, te veo humillado? Alza, pues, Ibrahim y no supliques más á quien ni corazón ni entrañas tiene que enternecerse puedan.»

Irritado Abdelmumen con tan altivas palabras, manda decapitar al rey y á todos los jeques, exponer sus cabezas á las puertas de la ciudad, y ordena, al mismo tiempo, el degüello general, al que se entrega con loco frenesí, durante tres días, la soldadesca, cesando sólo en su horrorosa tarea cuando ya no había cabezas almoravides en que hundir sus alfanjes.

Sometido Marruecos, vuelve Abdelmumen á España, donde, después de dominar algunas sublevaciones y de luchar con fortuna varia contra los cristianos, le alcanzó la muerte en Granada, siendo enterrado en la Alcazaba y substituyéndole en el califato Abc-l-Hafs, teniendo bajo sus órdenes como generalísimo á un hijo de Abdelmumen, apellidado Abo-Said, que bien pronto se distinguió en España por su carácter violento y cruel, ya en contra los cristianos al tomar Almería, ya contra los moros de Granada que se habían declarado independientes, ya, por fin, y con general indignación, contra los descendientes del *Mahedi*, protector de su padre, á muchos de los cuales mandó decapitar.

Créese que fué el primero que en España usó la pólvora como medio de combate, valiéndose para ello de las máquinas llamadas *raádas*.

Débase al Califa Abo-l-Hafs la fundación de Gibraltar y la decadencia del Imperio Almohade, pues habiendo elegido primero por sucesor á su hijo Muhammad y creyéndole luego incapaz de regir tan vasto reino, anuló la elección nombrando en su lugar á su otro hijo Abo-Yacub-Yusef, de lo que nacieron largas guerras civiles entre uno y otro hermano y de las que se aprovecharon los cristianos para reconquistar las plazas tomadas por Abdelmumen.

Ilustrado por PABLO BÉJAR.

J. M. SERRA Y B.



• LOS • • HUÉRFANITOS •

Traigo el alma enferma;
 ¡si vieras la casa como está de sola,
 si viérasla muerta!...
 Allá hay cuatro niños
 que dan una pena...
 No tienen sopita, no tienen comida,
 no hay quien los atienda,
 ¡Muriendo la madre...
 debieran los hijos morirse con ella!

Los cuatro angelitos, todos asustados,
 dan una tristeza...
 llaman «mamá» con tristes gemidos,
 nadie les contesta;
 si vieras el cuadro... todo es allí sombras,
 no hay siquiera un alma
 que una luz encienda...
 ¡Muriendo la madre...
 debieran los hijos morirse con ella!

Pobrecitos niños, pobres criaturitas,
 ¡qué solitas quedan!
 Sollozando el padre rodea á sus hijos,
 y desesperado los abraza y besa;
 les muestra el cadáver
 que yace en la cama deshecha y revuelta,
 y dice llorando:...
 «Rogad á los cielos, pedidle por ella.

Allá está su cuerpo,
 tendido á lo largo de la cama aquélla;
 cruzadas las manos
 con aquel rosario de las grandes cuentas;
 rodea su rostro el luengo cabello,
 color de sus penas.
 ¡No hacen falta los negros crespones
 que hagan marco á la blanca azucena!
 Anímate y vete,
 anda, vete á verla...
 ¡Si bonita era cuando estaba viva,
 la verás ahora más bonita muerta!

.....
 ¡Y aquel pobre hombre...
 tan desesperado me daba una pena!...

Si lo hubieras visto,
 si lo hubieras visto hinchadas las venas,
 los ojos, dos fuentes, la cara de grana,
 tirarse las greñas...
 Si hubieras oído su triste lamento...
 No puedo olvidarme de la voz aquélla,
 unas veces dulce
 como tierno arpegio de triste vihuela,
 otras veces ronca
 que me parecía rujido de fiera...
 Tan sólo te digo
 que llevo su estampa aquí, en la cabeza,
 y de su lamento
 tengo el alma llena.

Pobrecito hombre, qué triste y qué sólo
 ¡qué solo se queda!
 Pobrecitos niños, ¡qué suerte más mala!...
 ¡Qué harán en la senda
 de la triste vida!
 sin madre amorosa que enjugue su llanto,
 sin la madrecita que acalle sus quejas,
 sin madre que diga :



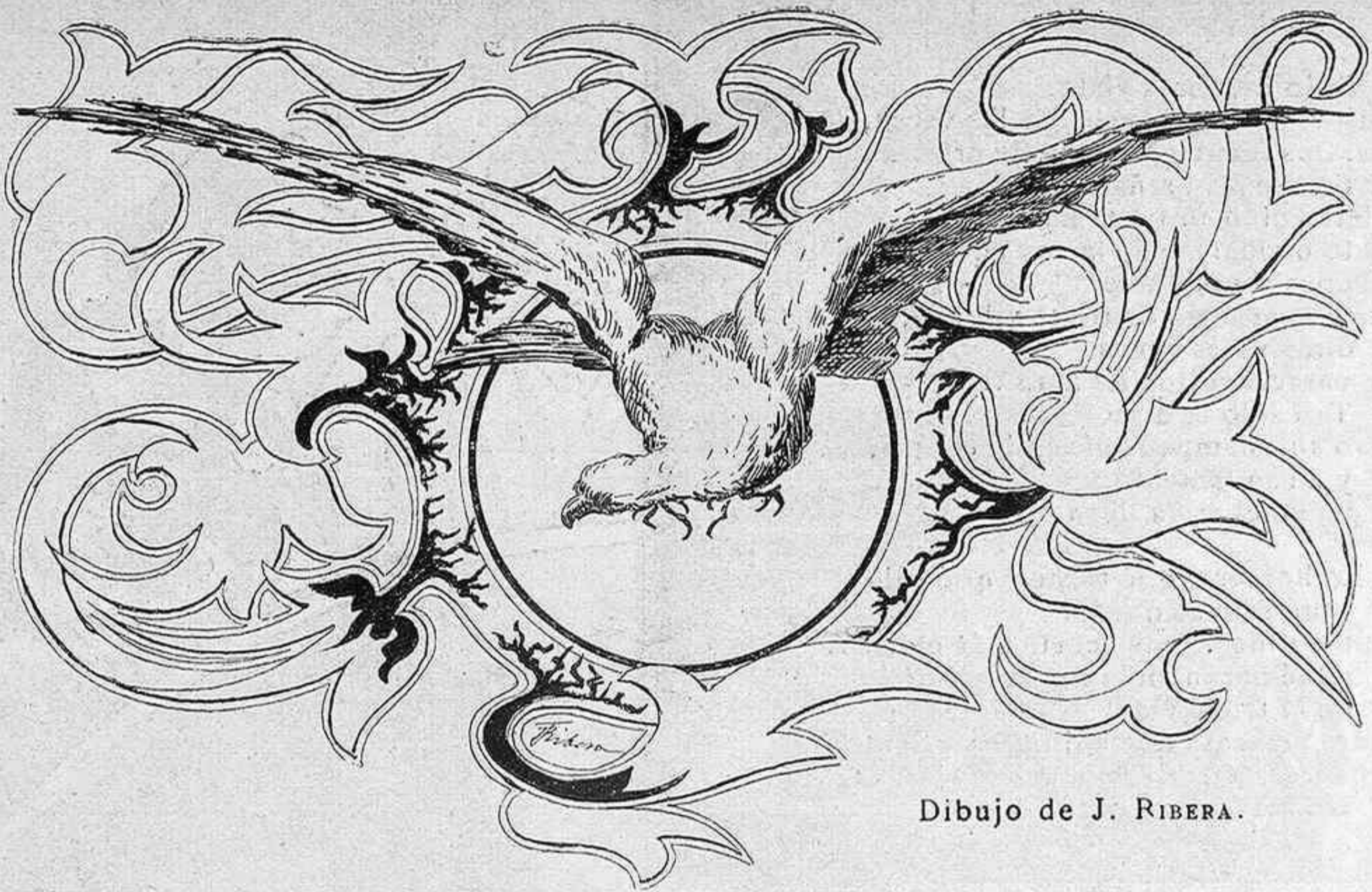
«Bendito mil veces aquel que te quiera.»
 Sin madre en la vida y tan pequeñitos...
 esto se asemeja
 á botes perdidos que con mal gobierno
 por el mar navegan.

Salí de la casa, de la casa sola
 con el alma enferma;
 abracé aquel hombre, le di mis consuelos
 y besé su muerte.
 Enfermo y lloroso miré aquellos niños
 por la vez postrera,
 y al venirme, me dije temblando:
 «Muriendo la madre
 debieran los hijos morirse con ella.»

FEDERICO T. CASADÓ

Buenos Aires.

Ilustraciones de R. Costa.



Dibujo de J. RIBERA.

LA PRIMERA PENA

LA verdad es que Bernardo era un niño muy mono.

Travieso como él solo, con travesuras de ángel en vacaciones celestiales, pasaba la vida en limbo hermoso, entre gorgoros de pájaro al amanecer de un día de primavera y rumor de besos en los blancos cendales de la cuna.

Era feliz sin necesidad de camisa prestada, que bastan los siete años para formar transparentes alitas y apartarse volando de las impurezas de abajo.

Y para que se vea lo que es la imperfección humana. A pesar de todo, Bernardo tenía ambiciones. En sus sueños infantiles de loca y delirante fantasía, le forjaba el deseo anhelos cumplidos y satisfechos de maravillas y encantos ignorados de todos, y sólo por él conocidos. Y esas maravillas y esos encantos, estaban dentro de su huella, en aquella basija de barro mal cocido, antiestética, abultada y deforme, con una pequeña abertura que traga y absorbe el ahorro ínfimo, depositándolo en su vientre, para después, liberal y generosa, saciar los deseos contenidos, aún á costa de su vida, pareciéndose á la víbora que necesita rasgar sus entrañas para que alienten los seres que alberga en su seno. Y era de ver la satisfacción que brillaba en los ojos de aquel angelote rubio, cada vez que oía el sonido metálico que acrecentaba su tesoro.

Allí estaba todo para él; era una caja de Pandora á la inversa.

Como el avaro contempla codicioso el fruto de su rapiña, así el pobre Bernardino (aunque con opuestos sentimientos) se extasiaba hasta producirle vértigo y mareos de calentura, ante la hucha guardadora de sus deseos.

¡Y cómo no, si allí estaban la monedilla de plata de sus primeros palotes, el recuerdo cariñoso del santo del abuelito, el óbolo de los Reyes Magos depositado misteriosamente la noche de la leyenda, y tantas y tantas *pequeñeces* que agranda la fantasía de los primeros años!

Llegó por fin el ansiado momento de coger con las manos *la mosca blanca*, momento solemne en que el dichoso niño, contenida la respiración, suspenso en su dicha y lleno de emoción extraña, oyó los primeros golpes dados en la hucha, precursores de sus soñadas venturas, sintiendo en su sér extraordinarios sacudimientos que le culebreaban en las venas, pareciéndose á Circe que, tras peligros sin cuento, logra dominar la fiera.

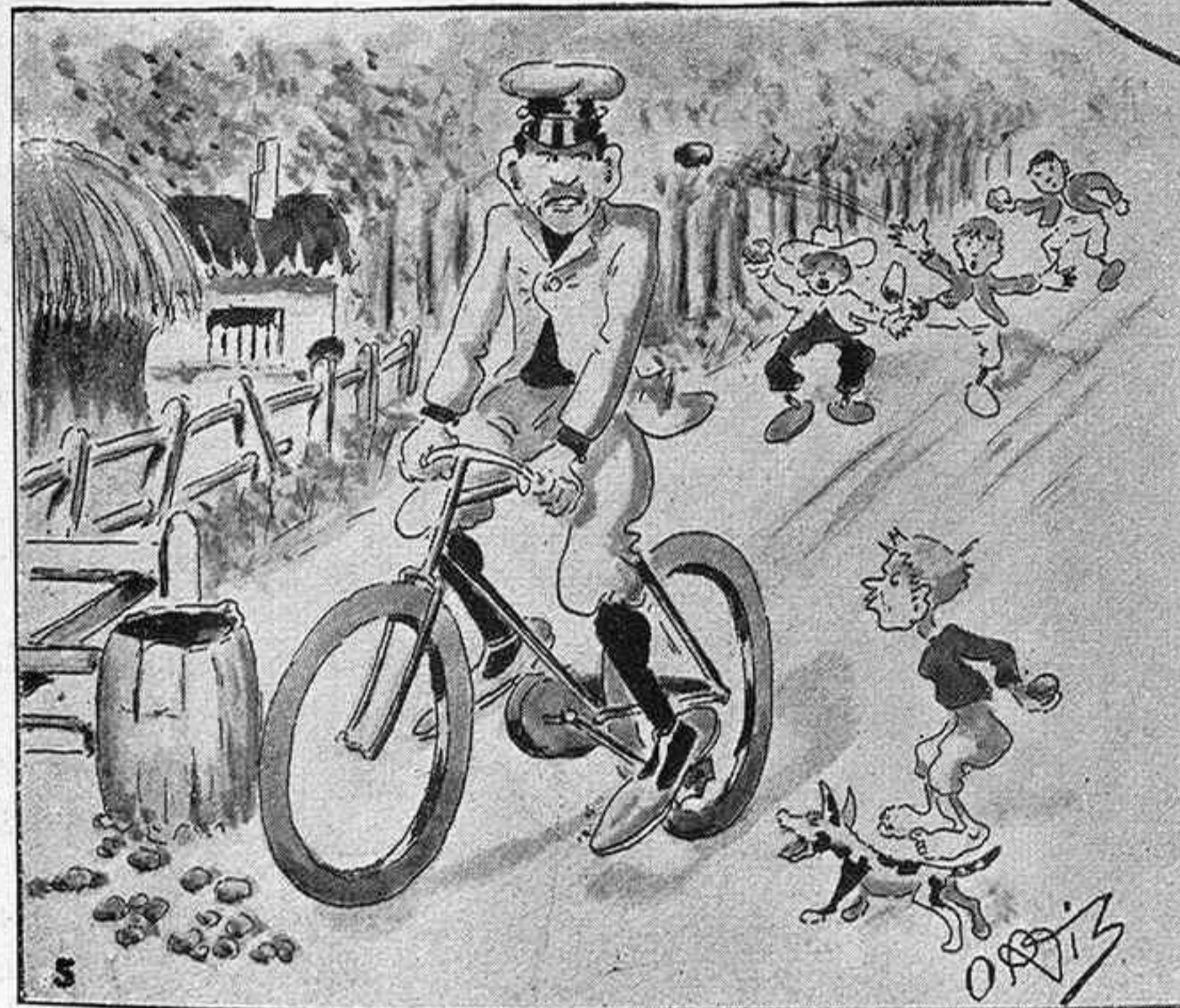
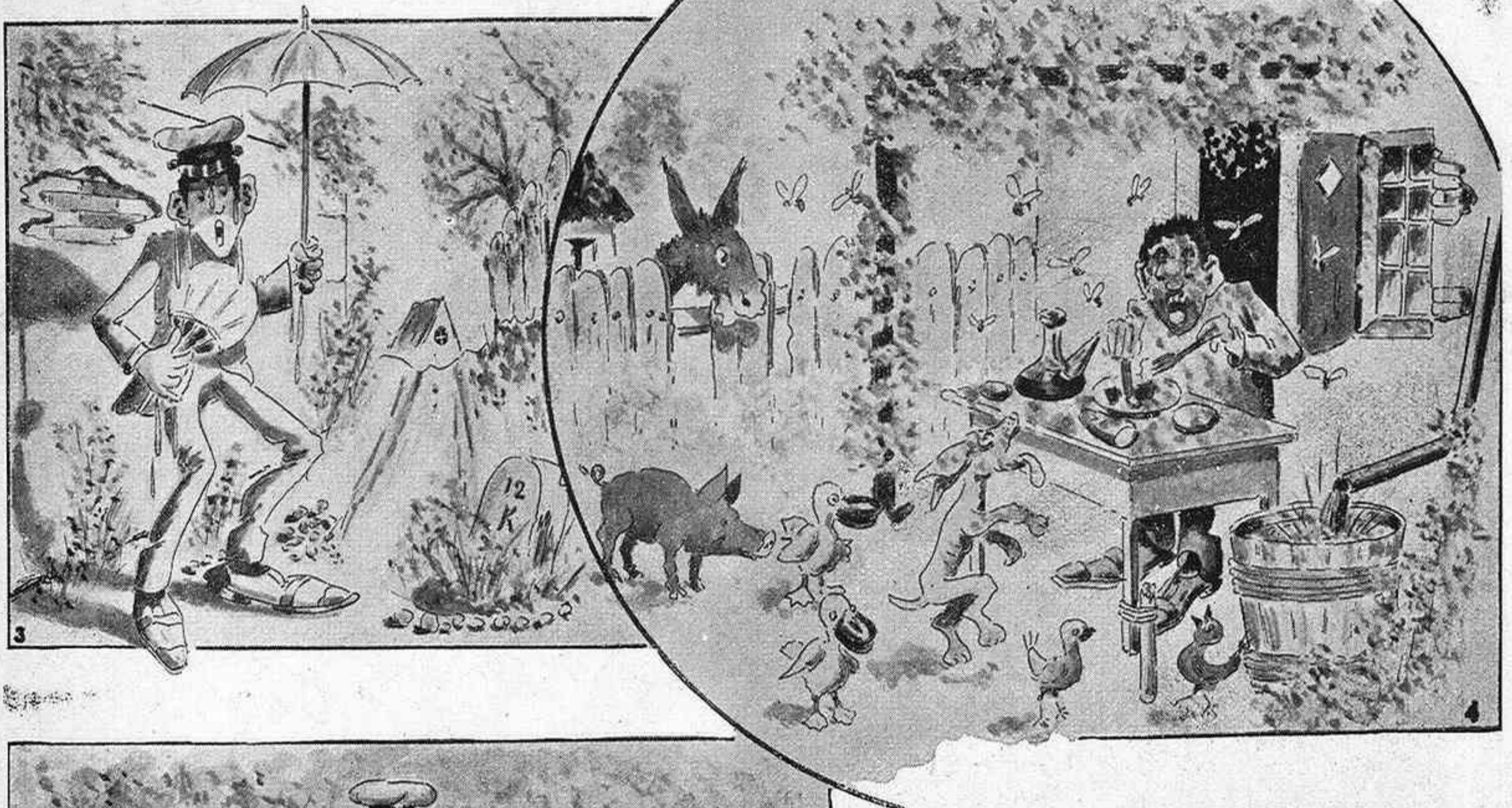
Con el último golpe se desbordó el venero apetecido, llenando la mesa de... rípios y hojarasca, con que substituyó al metal alguna urraca cásera.

¡Qué decepción! De sobra sabía Bernardo, á pesar de su inocencia, que con clavos y hojalatas ni se adquieren palacios de esmeraldas, ni se compran imperios, y quedó aterrado contemplando por el suelo su castillo de naipes.

En confuso y revuelto torbellino pasó por su mente el mundo ideal de sus ensueños, desvanecido, roto, deshecho, y... lloró, lloró de verdad por la primera vez de su vida, con lágrimas de amargura, de las que arrancan á la vejez una sonrisa entre desdeñosa y compasiva.

¡Ah! ¡cuántas huchas vacías se encuentran en el transcurso de los años!

RAFAEL FERNÁNDEZ Y ESTEBAN



1.—Por la mañana, á eso de las tres y media, los alegres trinos me proporcionan un dulce despertar... —2... me lavo con mucha comodidad y *confort* y... — 3... doy un paseito; esto es muy higiénico, ni sudo ni siquiera tengo necesidad de abrir el parasol y luego... — 4... á comer con tranquilidad, en compañía de seres queridos... — 5... Al caer de la tarde un paseito en bicicleta, siendo la admiración de todo el pueblo y salu-
dado por distinguidas personalidades de la lccalidad... — 6... Al anochecer... á dormir, sin que turbe tu sueño ni el más leve ruido... Conque, vente á pasar una temporadita. Tuyo, PEPE.

Fot.-Tip.-Lip. del «Album Sa'ón».

agua de **ZIMER**

Exquisita
agua de mesa

VÉNDESE
en las FARMACIAS
y depositos de AGUAS MINERALES

m. delia
1900

AFFICHES PICHOT, PARIS-COCHIN